

que nadie la pudiera escribir, ni con mas verdad, ni con mas eloquencia, ni mas sin sospecha que él. Porque si el autor fuera Cristiano, pudieran algunos sospechar que en favor y venganza de la muerte de Christo, encarecia ò fingia algo de lo que escribia: mas no lo era; porque él mismo se dá à conocer en el principio de su escriptura por estas palabras (a): Josepho, hijo de Matathias, ciudadano y sacerdote de Hierusalem, que en la primera conquista peleé contra los Romanos, y en la segunda tambien (à mas no poder) me hallé presente. Hallase tambien que el dicho varon no solamente fue señalado entre sus naturales, mas tambien entre los Romanos fue en mucho tenido. Porque por corona de sus letras le pusieron su estatua en la ciudad de Roma: y mandaron poner sus escripturas en la libreria pública, las quales fueron muchas y de grande autoridad.

Mas al principio será necesario avisar al lector que el que quisiere saber esta materia de raíz, recurra à los siete libros que este historiador escribió della; porque yo aquí no haré mas que apuntar brevissimamente lo que él trata muy por extenso como ello passó, sin añadir palabra: como se verá en la fuente de donde esto manó.

#### CAPITULO XIV.

*De las calamidades que precedieron la destruicion de Hierusalem.*

**L**AS calamidades que precedieron la destruicion de Hierusalem comenzaron desde el tiempo de Pilato, que fue juez en la muerte del Redemptor. Porque no quiso la divina justicia que se dilatasse mucho el castigo deste peccado, sino que luego comenzasse, y que poco à poco procediesse aquella republica de mal en peor: por sus passos contados. Pues este Pilato determinando traer agua à la ciudad de un largo tre-

cho (que era de trecentos estadios) quiso aprovecharse del sagrado thesoro del templo. Por lo qual se levantó un grande alboroto entre la gente, la qual con grandes quejas y clamores pretendia estorvar este agravio. Mas el juez entendiendó lo que avia de ser, mandó à sus soldados que se metiesen entre la gente del pueblo, dissimulando sus personas con habito popular, llevando juntamente con las armas palos debaxo de la ropa, y que quando él hiciesse señal, hiriesen con los palos à quantos pudiesen, y desta manera los soldados mataron à palos à muchos, y otros huyendo, y apretandose unos à otros, y cayendo unos sobre otros, fueron miserablemente ahogados y muertos.

Tras desta calamidad se siguió otra no menor. Porque muerto el Emperador Tiberio, sucedió Cayo: el qual de tal manera se desvaneció con la prosperidad de la nueva dignidad, que se mandó intitular Dios, y poner sus estatuas en todos los templos del Imperio Romano entre los otros dioses. Y sabiendo que solos los Judios no avian querido admitir en su templo la estatua dél, embió à Petronio con tres legiones de soldados, y muchos otros de Siria, à que por fuerza de armas pusiesse su estatua en el templo de Hierusalem, y matasse à todos quantos le contradixessen, y captivasse à los demás. Passaronse en esta requesta entre el Capitan y el pueblo que resistia, cinquenta dias, siendo tiempo de la sementera, sin hacer los hombres nada, sino insistir y resistir à aquella blasphemia peticion. Finalmente despues de muchos clamores y alteraciones dixeron los Judios que ellos ofrecian cada dia sacrificios por la salud del Cesar: pero si él queria introducir su imagen en el templo, primero avia de sacrificar à ellos, y à sus mugeres, y hijos, antes que tal consintiesen.

Vien-

Viendo esta determinación el Capitan, movido à compassion bolyose con su exercito, no sin temor de perder él la vida por perdonar à la de los otros. Mas atajólo Dios con la muerte de Cayo: el qual primero que supiesse el caso murió: ayiendole este nuevo Dios imperado solos tres años.

Seguióse luego otra calamidad en tiempo del Emperador Claudio que sucedió à Cayo. Y fue, que ayiendole venido gran número de gente à Hierusalem à celebrar la Pasqua, y siendo costumbre asistir allí estos dias los soldados para acudir à qualquier ruido que entre tanta gente se levantasse, un soldado desvergonzado, bueltas las espaldas al pueblo, levantó deshonestamente las faldas, diciendo palabras conforme à esta desvergenza. Viendo esto algunos mancebos del pueblo, comenzaron à alborotarse, y tirar piedras à los soldados: y recelando el Presidente, por nombre Cumano, que todo aquel impetu y furor del pueblo podia cargar sobre su persona, mandó acudir mucha gente armada. Lo qual viendo los del pueblo, comenzaron à huir con tanta priessa por diversas partes, que apretandose unos à otros, y cayendo unos sobre otros, vinieron à morir diez mil hombres: con cuya muerte el alegría de la fiesta se bolvió en llanto: porque en cada casa avia lagrimas y gemidos por sus muertos. Esta misma calamidad cuenta Eusebio en la historia Ecclesiastica.

No faltaron otras maneras de calamidades levantadas por malicia de hombres engañadores; los quales so color de religion intentaban novedades, y juntado consigo el vulgo liviano, sacaronlo al campo, haciendole creer que Dios les daria señales de libertad. Y porque esto era como un seminario de rebellion, el Presidente de Judéa, llamado Felix, embió contra ellos gente de pie, y de cavallo, con que los destruyó. Pero mayor engaño fue el de un Egypcio nigromantico, que decia ser prophe-

ta: el qual juntó consigo treinta mil hombres, y sacandolos tambien al campo, pretendia entrar por fuerza en la ciudad, y hacerse señor della: el qual tambien fue desbaratado por los Romanos, y presos muchos de los que le seguian, y los otros huidos. Ni faltaron entre estas calamidades ladrones y robadores que so color de libertad corrian toda la tierra, robando las casas de los ricos y poderosos: y pegando fuego à muchos lugares, y alborotando toda la tierra de Judéa.

Despues destos se levantó otra tempestad en Cesaréa, sobre cuya seria aquella ciudad: porque ella antiguamente era de Gentiles, mas aviala reedificado Herodes. Y esta question fue de tal manera creciendo, que procedió hasta las armas: por donde ovo muchos reencuentros, y muchos muertos de parte à parte. Mas el Presidente ya dicho, echó fuera de la ciudad los rebeldes, y mató muchos de los que no le quisieron obedescer.

**Y** Unico, no temiendo Tyrantías de los Jueces del Imperio Romano que permitió Dios por aquel tiempo y principio del rebellion. Porque ningun linage de calamidad faltasse à aquella miserable gente, permitió la divina justicia que los Presidentes que avian de gobernar la republica, y mantenerla en paz y justicia, fuesen los mas crueles tyrannos, y robadores de toda la tierra. Uno de los quales fue Albino, en el qual ninguna especie de malignidad faltó: porque todo su estudio ponía en robos, y cohechos, y imposiciones de muchos tributos, vendiendo la justicia por dinero: de modo que solo el que lo tenía, era inocente, y solo el que dél carecia, era culpado. Y conociendo algunos de los poderosos de Hierusalem que querian alterar el estado de la republica, y intentar novedades, que este juez por todas las cosas passaria

(a) In Prol. libror. de bello Judaico.

à trueque de dinero, y untaronle muy bien las manos, para que quando ellos alterassen el estado de la republica, él dissimulasse, y los dexasse passar adelante. Los quales con esta seguridad andando por la ciudad acompañados con sus aliados, entendian en robar las haciendas de los que menos podian, y los tristes de los robados callaban, porque mas no podian: y los que no lo eran, de miedo daban dineros à los que merecian crueles castigos. A lo qual todo dissimulaba el bueno del Presidente, porque el dinero le avia cegado los ojos, y enmudecido la lengua, y atado las manos, para que ni viesse, ni hablasse, ni hiciesse lo que era obligado.

A este Presidente sucedió Gestio Floro: el qual sobrepujó tanto en las tyrannías y maldades à su antecessor, que le hizo parecer bueno en comparación suya. Porque el antecessor secretamente y con engaños robaba; mas este publicamente, y gloriosamente dello hacia lo mismo: el qual ningun genero de robo, ni de crueldad dexó de executar en la gente miserable, siendo con los pobres y afligidos cruellissimo, y con los deshonestos y torpes desvergonzadissimo. Porque no uvo hombre que mas impugnasse la verdad con falsedades, ni que mas artes inventasse para dañar. Y parecia poco repartir los robos y cohechos por cabezas, sino robasse publicamente las ciudades y provincias. De modo que no le faltaba mas que dar pública licencia por palabras, que todos robassen, con tal que partiessen parte del robo con él. Finalmente tal fue su avaricia, que los moradores de la provincia desampararon sus tierras, y se fueron à morar à otras.

Mas porque referir en particular todas las tyrannías, injusticias, engaños, robos, crueldades, y matanzas deste cruellissimo carnicero (que la divina justicia permitió tener señorío en aquella tierra) será cosa muy prolixa, solamente diré que entendiendo este ty-

ranno que si fuesse acusado ante el Emperador por sus robos, sería gravemente castigado, tomó por medio hacer tantos y tales desafueros y agravios al pueblo, y derramar sin proposito tanta sangre de inocentes, y de nobles, que el pueblo irritado con tantas maneras de injurias viniesse à rebelar contra el Imperio Romano: pareciendole que con este color quitaria de sí la imbidia y odio de su culpa, haciendo creer que sus agravios avian sido castigos de aquella rebelion. Desta manera la divina providencia (à quien todas las cosas sirven, sin saber que le sirven) permitió que se diese principio à la rebelion de los Judios contra los Romanos: la qual fue causa de assolarse todo aquel reyno en venganza de la muerte del Salvador, segun estaba prophetizado.

Y sobre todos estos agravios y crueldades hizo dos entradas en la ciudad de Hierusalem que tenia à su cargo, y no como pastor, sino como lobo robador entró con gente de guerra, y dió licencia à los soldados que robassen quanto avia en la plaza, y matassen à quantos encontrassen. Avida esta licencia, no se contentaron los soldados con lo concedido, sino passaron adelante, robando todas las casas de las personas ricas y poderosas: y prendiendo muchos de los nobles, que tenían privilegio de ciudadanos Romanos, los presentaron à Floro, el qual contra este privilegio no solamente los azotó, mas tambien con furor de bestia fiera los mandó crucificar. Y el numero que aquel dia fueron muertos con sus mugeres y hijos (porque ni aun à los niños de teta perdonaban) fueron seiscientos y treinta.

Otra entrada hizo no menos cruel que esta, usando de un grande engaño, con que pretendia provocar los ciudadanos à algun ruido, para que con este achaque sus soldados diessen en ellos. Con esto murieron muchos, y otros queriendo escapar de aquel peligro, huían con tanta priessa por unas puertas estre-

chas,

chas, que unos à otros se ahogaban y mataban, y los muertos quedaban de tal manera desfigurados, que no los conocian sus parientes quando los buscaban para enterrar.

Estas matanzas y crueldades dieron principio à la rebelion de la gente contra los Romanos: y no solo à esto, sino tambien à guerras civiles mas crueles y sangrientas que las de los mismos Romanos. Porque los mancebos atrevidos y reboltosos fueron los que primero tomaron las armas contra los Romanos: mas el pueblo y la gente noble, viendo el peligro en que se ponía la republica, contradecian à estos alborotadores con quanta fuerza podian. Y assi se rebolió entre unos y otros una civil batalla que duró por espacio de siete dias: en la qual murieron muchos de los unos y de los otros, cuyo numero no se cuenta. Y pidiendo unos soldados Romanos (que ayudaban la parte del pueblo) à los reboltosos que les dexasen salir en paz, ellos les otorgaron esto con solemne juramento, mas al tiempo de la salida lo quebraron, matandolos cruelmente: y esto en dia de sabado, en que los Judios aun de las buenas obras cessan. Por el qual peccado, dice Josepho, que mas era ya para temer la venganza divina, que la guerra de los Romanos.

Ya de aqui adelante comenzado el levantamiento, siguense crueldades sobre crueldades, robos sobre robos, muertes sobre muertes, incendios sobre incendios, y tantas maneras de calamidades, que si no fuera tan abonado el Chronista que las escribe, parecieran increíbles: mas no lo serán à quien conociere la causa dellas, que fue la venganza de la muerte indignissima del Salvador. Porque peccado tan grande y tan extraordinario, no podia dexar de ser castigado con penas extraordinarias y nunca vistas. Porque en el mismo dia (dice Josepho) y en la misma hora que los reboltosos quebrantaron la fé dada à los soldados Romanos,

en dia de sabado, se levantó en Cesaréa una tempestad tan cruel contra los Judios que moraban en aquella ciudad, que fueron muertos à hierro por los de Cesaréa sobre veinte mil hombres: de modo que la ciudad quedó vacía de todos los Judios que en ella moraban. Y como llegasse la fama desta matanza à las ciudades de Judéa, juntóse gran muchedumbre desta provincia, y corrieron por toda la tierra de Siria, matando y abrasando quantas villas y lugares pudieren. Por donde los moradores de Siria ayuntados en exercito, resistian poderosamente à los acometedores, y mataban y despedazaban muchos dellos, no solo por el antiguo odio que tenían à la nacion de los Judios, sino tambien por escapar del peligro que por parte dellos les venia. Porque ninguno otro remedio de salud hallaban sino prevenirse unos à otros, y matarlos, por no venir à manos dellos. De manera que el dia se gastaba en derramar sangre, y las noches ocupaba el temor del dia siguiente.

Después desta matanza de la ciudad de Cesaréa se siguió otra de los moradores de la ciudad de Scythópoli: los quales por parte y engaño aseguraron à los Judios, y sobre seguro los acometieron de noche estando ellos durmiendo, donde mataron trece mil hombres, y robaron todos sus bienes.

De allí adelante otras ciudades viendo los Judios rebelados contra los Romanos, mataban todos quantos moraban en ellas. Porque los moradores de Ascalón mataron dos mil y quinientos dellos: y los de la ciudad de Ptolemáida otros dos mil: y los moradores de Tiro despedazaron à muchos, y muchos mas prendieron y encarcelaron, cuyo numero no se cuenta: y desta manera todas las otras ciudades de Gentiles, donde tambien habitaban muchos de los Judios, parte con temor, y parte con odio se movian contra ellos, y les hacian todo el daño que podian.

Mas à todas estas calamidades ha-

ce gran ventaja la de Alexandria, en la qual moraba gran numero de Judios en cierta parte de la ciudad apartada de los Gentiles. Pues un dia (permitiendolo assi la divina justicia) levantóse un Alexandrino dando voces y diciendo que los Judios eran enemigos: los quales bolviendo por sí, se rebolvieron con los Alexandrinos. Y acudiendo el Presidente de la ciudad à despartirlos, y poner paz, como no uviesse medio para quietarlos, embió dos legiones de soldados Romanos, con otros cinco mil que avian venido de Libia, mandandoles con toda fuerza que matassen, saqueassen, y quemassen las casas de los Judios. Los quales hicieron tan grande riza y estrago en ellos, que se hallaron muertos cinquenta mil dellos, sin perdonar à niños, ni viejos, passandolos todos à cuchillo, y haciendo nadar toda aquella ciudad en sangre de muertos.

Qué mas diré? Los moradores tambien de Damasco, vistos los alborotos de los Judios, y la rebelion contra los Romanos, acordaron entre sí de matar todos los que moraban en aquella ciudad, y esto con grande secreto, por amor de sus mugeres que judayzaban. Y tomandolos desarmados, y desapercibidos, y sin sospecha de algun peligro, degollaron en una hora diez mil dellos. Estos eran los preludios y como vispera de los grandes males que sobre estos avian de venir. Porque como Esaías dice (a): *Con todas estas calamidades no cessó el furor de la ira divina; sino todavia pasó adelante.*

A estas desventuras se ayuntó otra. Porque Gestio Gallo, Governador de la provincia de Siria, (donde cae Judea) sabido el levantamiento de los Judios, juntó un exercito poderoso, y tomó à la ciudad de Zabulon, y la mandó saquear, y pegó fuego à todas las casas della, que eran muy hermosas. Y de aí embió parte del exercito à tomar à Japha; y cercandola por mar y por tierra,

facilmente la tomó. Donde los soldados mataron los moradores della, y saquearon sus casas, y pegaron fuego à la ciudad. El numero de los muertos fue ocho mil y quatrocientos. Y de la misma manera mataron, robaron, y abrasaron todos los moradores de otra ciudad de Judéa, vecina de Samaria.

Esta matanza y estrago hizo el Presidente de Siria Gestio en estos lugares. Mas otra no menor hizo otro Capitan Romano, por nombre Antonio, que estaba con gente de garnicion en la ciudad de Asealón, à la qual el pueblo de los Judios tuvo siempre antiguo odio. Por esto los levantados que ya andaban por las tierras enemigas haciendo daño, ayuntaron un grueso exercito para dar sobre esta ciudad. Mas el Capitan Antonio se dió tan buena maña con gente que tenía de pie y de cavallo, que mató diez mil destos, y hizo huir los demás. Pero fí con esta herida se enflaqueció el espíritu y animo de los Judios. Porque otra vez bolvieron con mayor exercito, y fueron otra vez por el mismo Capitan Romano vencidos, y desvaratados, y muertos ocho mil dellos, siendo muy pequeño el numero de los Romanos. Porque Dios los avia tomado por ministros de la justicia y venganza que queria hacer en aquel pueblo. Estas son las calamidades y desventuras que unas despues de otras se fueron siguiendo despues de la muerte del Salvador: ordenando la divina justicia que luego tras del pecado succediese el castigo. Sigüense tras éstas otras mucho mayores, despues de la venida del Emperador Vespasiano con su hijo Tito, que acudió al levantamiento del pueblo. Porque estas fueron particulares calamidades de particulares ciudades: mas las que se siguen, fueron de todo aquel reyno, y de todas las ciudades dél, y de la principal dellas, que fue la muy nombrada ciudad de Hierusalem. CA-

(a) Esaías 5.

CAPITULO XV.  
De las grandes calamidades que se siguieron despues de la venida del Emperador Vespasiano en la conquista de las provincias de Galiléa y Judéa.

Querer declarar en particular los trabajos y tribulaciones que los Judios padescieron despues de la venida del exercito Romano à aquella tierra, es cosa que sobrepuja toda eloquencia humana, y todos los exemplos de quantas tragedias tristissimas ha avido en el mundo. Porque el Emperador ya dicho, antes que comenzasse el cerco de Hierusalem, acordó de conquistar todas las ciudades de aquella provincia: y cada una destas ciudades fue una calamidad por sí: porque quanto era mayor la resistencia de los moradores, tanto era mayor, despues de conquistada, la matanza, los sacos, y captiverios, y incendios della. Y porque mi intento no es escribir historia, sino declarar la grandeza deste castigo, para que por él se conozca (como tengo dicho) la severidad de la justicia divina, y la graveza del peccado por que fue executada, no haré mas que apuntar el numero de los muertos en algunos destos lugares, y algunos desastres particulares que acaescieron en ellos.

Vino pues este Emperador con un exercito muy poderoso. Y primero determinó conquistar la provincia de Galiléa, de que Josepho, escriptor desta historia, era Governador. Y la primera ciudad que tomó fue Gadára: donde sacados los mochachos, mató todos los demás, sin tener respecto ni compassion de nadie: y pegó fuego à la ciudad, y à quantas aldeas avia al derredor della.

De aí puso cerco à la muy fuerte ciudad de Jotapáta, la qual defendia el sobre dicho Josepho. Y despues de grandes reencuentros, y baterias que duraron por espacio de quarenta y siete dias, finalmente la entró por fuerza de armas, donde sacadas las mugeres, y

Tom. V.

niños, à ninguna edad perdonó. Los cautivos en esta entrada fueron mil y docientos; pero los muertos assi en el tiempo del cerco, como en la entrada de la ciudad, llegaron à quarenta mil.

Al tiempo que esia ciudad estaba cercada, puso tambien cerco sobre Jáfa: en la qual despues que por fuerza la entró, tampoco perdonó à edad alguna de mozos ni de viejos, excepto mugeres y niños, que llevó cautivos. Y los muertos fueron quince mil, y los cautivos dos mil y ochocientos. Y porque pocos dias despues desta matanza muchos de los levantados se acogieron à esta misma ciudad, y se hicieron fuertes en ella, otra vez el exercito Romano los cercó por mar y por tierra, y peleando con ellos por ambas partes, de tal manera los desbarató, que no solamente la tierra, mas tambien la mar estaba llena de sangre y de cuerpos muertos. Y muchos uvo que por no venir à manos de los Romanos, se mataron, y no se pone aqui el numero de los muertos.

De aí pasó à otra grande y fuerte ciudad llamada Tarocheas: y despues de muchos trances passados en el cerco, finalmente la entró, y mandó matar todos los hombres viejos y flacos que en ella avia: mas guardó seis mil mozos bien dispuestos para embiar de presente al Emperador Nerón: y toda la demás gente, que fueron treinta mil y quatrocientos; vendió, y otros muchos dió de gracia al Rey Agripa (cuya era la ciudad rebelada) para que hiciesse dellos lo que quisiesse; más él tambien los vendió.

Ni se debe aqui callar la nueva manera de calamidad que acaesció à otros del numero de los que avian rebelado, los quales se avian acogido à un fuerte castillo: mas no les valió la fuerza del lugar. Por donde viendo despues de mucha defensa que ninguna esperanza de salud les quedaba, y conociendo que los Romanos à nadie perdonaban, acordaron de hacer ellos contra sí el officio de sus enemigos, y prevenir las armas

H

de-

dellos. Y assentado esto, abrazandose los padres con sus hijos, y los maridos con sus mugeres, y derramando en esta postrera despedida muchas lagrimas, les metian las espadas por los cuerpos, y las mataban. Y para esta carnicería escogieron diez hombres de los mas esforzados. Los quales, despues de muertos los otros, mataron tambien à sí mismos: y el postrero que quedó hizo lo mismo, derribandose sobre los montones de los otros muertos. Y de toda esta gente no quedaron sino dos mugeres, que por dicha escaparon: y estas dieron cuenta à los Romanos de lo que avia pasado.

Preguntará alguno qual aya sido la causa por que los Emperadores Vespasiano, y su hijo Tito, siendo ambos muy buenos Emperadores, y muy clementes, mandaban hacer tanta matanza despues de la victoria en los vencidos: mayormente no siendo los Romanos crueles en sus victorias, como lo eran otras naciones barbaras y fieras. A lo qual respondemos que assi como Dios tomó à Nabuchodonosor por instrumento para castigar su pueblo por sus grandes peccados, y especialmente por el de la idolatría: assi tomó estos Emperadores para castigo de otro mayor peccado, que fue la muerte del Salvador. Para lo qual traeré por argumento una cosa admirable que sucedió à estos Emperadores en la conquista de una ciudad llamada Gíscala: en cuya conquista corrió gran peligro, assi el exercito Romano, como la vida de su Emperador Vespasiano. Porque despues de entrada la ciudad, acogieronse los defensores della à un fortissimo castillo, que estaba situado en un alto risco, cercado de muchos peñascos, y insistiendo los Romanos en la tomada dél, eran tantas las piedras y saetas que de lo alto tiraban contra ellos, que recibian muy notable daño, sin poderlo hacer los Romanos à sus contrarios por la altura del lugar. En este conflicto tan porfiado, dice Josepho que por la divi-

na providencia à deshora se levantó un tan grande viento y torbellino contra los cercados, que hacía declinar las saetas que tiraban à un lado, sin herir à los Romanos, y las de los Romanos llevaba derechas, y con mas fuerza à los cercados. Este milagro que aqui Josepho refiere, hizo nuestro Señor en favor del religiosissimo Emperador Theodosio, peleando contra el exercito de un tyranno. Por donde con mucha razon exclamó el Poeta Claudiano, diciendo: O muy amado Emperador de Dios, para cuyo socorro sacó él de las cuebas de la tierra inviernos armados: para quien militó el cielo, y los vientos conjurados vinieron à la batalla. Pues por esta maravilla declaró Dios que él era el principal Capitan de los Romanos: pues él hacía la guerra con el ministerio de sus vientos. La conclusion desta victoria fue, que mas crueles fueron contra sí los cercados, que los cercadores: porque estos mataron quatro mil hombres; pero los que quedaron vivos, se despeñaron de aquellos riscos (por no morir à manos de los Romanos) que fueron cinco mil.

Tras desta calamidad sucedió la de la ciudad de Gadára, la qual se entregó libremente à Vespasiano: mas todos los mancebos y hombres reboltosos huyeron de la ciudad, y hallando en otro lugar una gran quadrilla de otros tales como ellos, juntaron un exercito de unos y de otros: contra el qual vino el exercito Romano talando, y robando, y abrasando toda aquella tierra por donde los seguian hasta llegarlos al rio Jordan: el qual no podia entonces vadearse por ir muy crecido. Por donde à los fugitivos fue forzado pelear. En la qual pelea fueron muertos trece mil hombres de los que huían, y dos mil y docientos captivos. Y otros muchos se echaron en el rio, y se ahogaron, y assi era infinito el numero de los muertos. Esta calamidad fue mayor que las pasadas, no solo por el grande estrago y matanza que el exercito hizo en todo el

camino por dó iba, sino tambien porque estaba detenida la corriente del rio Jordán con la muchedumbre de los muertos: y assi tambien lo estaba el lago llamado Aspháltides, que confinaba con él: los quales cuerpos passaban adelante, y corrían tambien por otros rios. Pues quién avrá que leyendo esto, y conociendo que todo esto se encaminaba por la providencia divina, no quede espantado, y no exclame: O justicia de Dios! ò castigos de Dios! ò venganza de Dios! Quién nunca vió hechas represas en los rios, y grandes rios, con cuerpos de hombres muertos? O con quanta razon dixo el Apostol (a), que era cosa horrible caer en las manos de Dios vivo! y con quanta lo llamó David (b), Dios de venganzas, por razon de la severidad con que castiga los peccados! Mas tornando al proposito, acabada esta victoria, el exercito pasó adelante conquistando todos los lugares y castillos que halló: de modo que toda la tierra que está allende el rio Jordán, quedó en poder de los Romanos.

#### CAPITULO XVI.

*Del cerco de Hierusalem, y de las calamidades, y dissenstones, y hambres que en él se passaron.*

**D**Eclaradas las calamidades y mortandades que precedieron el cerco de Hierusalem (que es la primera parte de la division que hecimos) trataremos agora de la segunda: que es de otras mucho mayores, que entrevinieron en el cerco y conquista dessa misma ciudad. Pues el Emperador Tito (à quien quedaba encargada la guerra por la ausencia de su padre) conquistadas ya todas las ciudades de la provincia de Galilea con algunas otras, determinó bolver las armas contra Hierusalem, y dar fin à esta contienda, poniendo cerco sobre ella, que era la cabeza del Reyno. Y primeramente offeció paz, y

Tom. V.

perdon à los moradores della, como lo avia hecho con todas las ciudades conquistadas, si dexassen las armas. Mas como la divina justicia quería tomar venganza de la sangre del justo, y de los otros siervos suyos que havian sido muertos en Hierusalem (como fueron Sant Estevan, Sanctiago el mayor, y tambien el menor, y Sant Mathias) permitió que se cegassen de tal manera, que ni acceptassen la paz fielmente ofrecida, ni considerassen la grandeza del exercito de que estaban cercados, ni la prosperidad y valentía de las armas de los Romanos, que avian señoreado el mundo, y vencido naciones populosissimas y belicosissimas, ni echassen de ver como todas las ciudades de su Reyno avian sido entradas, saqueadas, y quemadas, y hechas sepulturas de muertos. Nada desto miraron, sino cegandolos su peccado, quisieron mas la guerra que la paz: el peligro, que la seguridad: y los trabajos y pérdidas, que el descanso y possession de todos sus bienes.

Las calamidades que sucedieron en este cerco de Hierusalem escribió Josepho en los quatro postreros libros desta guerra. Mas yo no haré mas que referir aqui alguna pequeña parte de ellos, y declarar como Dios fue el principal Capitan desta guerra (como ya dixé.) Y para esto primeramente presupongo que Hierusalem en aquel tiempo era una de las mayores, mas ricas, mas afamadas, y mas fortalecidas ciudades, y de mas hermosos edificios que avia en el mundo. Tenia en torno quasi legua y media, estaba cercada no de uno, sino de tres fortissimos muros con sus baluartes, y torres altissimas y macizas. El tercero de los quales muros, que estaba mas dentro, tenia vuercientas torres. Y en el muro mas antiguo edificó Herodes tres torres en memoria de tres personas muy amadas: conviene à saber; de un grande amigo suyo llamado Hípicos, y

H 2

(a) Heb. 10. (b) Psalm. 93.

de un su hermano llamado Phaselón, y de su muger llamada Mariannes, y así se llamaban tambien las mismas torres. La altura dellas era admirable: porque una dellas se levantaba noventa codos en alto. Pero mas admirable era la grandeza y hermosura de las piedras de que estaban edificadas, que eran de marmol muy blanco; y cada una tenia veinte codos en largo, y diez en ancho, y cinco de grueso: y tan artificiosamente juntas las piedras unas con otras, que no se parecian las juntas: y el templo era edificado destas mismas piedras riquissimamente labradas. Por donde los discipulos dixeron al Señor estando en el templo (a): Maestro, mira qué piedras, y qué labores estas. El qual templo de tal manera estaba fortificado, que él era el mas fuerte castillo de la ciudad: mas la divina providencia encaminó las cosas de tal manera, que este templo vino à ser castillo de ladrones, los quales robaban y mataban noche y dia los tristes moradores de la ciudad, y se guarecian y fortificaban en él. Otras cosas muchas pudiera referir de las fortificaciones, y provisiones, y abundancia de cisternas desta ciudad para no faltarles agua en tiempo de guerra: mas estas dixe, para declarar quan vanas sean las fuerzas y las esperanzas de los hombres, con todas sus armas y presidios, quando por otra parte hay peccados. Porque aviendo estos, todas estas fuerzas y municiones para el brazo de Dios son telas de arañas: como lo muestran Babylonia, Roma, Carthago, y la desventurada Hierusalem. Finalmente el mismo Emperador Tito, quando conquistada ya la ciudad, vió las fortificaciones della, dixo: Dios es el que ayudó à los Romanos; porque de otra manera qué machinas bastáran contra tales fuerzas?

La manera en que esta ciudad fue destruida; no fue menos digna de Dios que todas las otras obras suyas. Porque

la principal parte de la guerra le hizo con sus mismos naturales. Por donde el Emperador Vespasiano dilató por algunos dias la guerra, viendo lo que los mismos moradores divididos en tres vandos hacian, consumiendose cada dia unos à otros, y haciendo mucho mayores males, que los enemigos les pudieran hacer aunque fueran muy crueles. Por lo qual dixo el Emperador que Dios hacia la guerra por los Romanos; pues todo lo que ellos avian de hacer, hacian los moradores de la ciudad contra sí.

El principio desto fue, que unos hombres malvados, reboltosos, y cobdiciosos, pareciendoles que à rio buelto podían medrar algo, tomaron la voz por la patria, diciendo que zelaban la libertad y la honra della: por la qual causa se llamaban Zelotas; como si dixeramos Zeladores del bien comun. Estos discurrían en quadrillas armados por la ciudad, y levantando falsos testimonios à las personas nobles y ricas, diciendo que tenían trato secreto con los Romanos para les entregar la ciudad, sin mas figura de juicio, ni lugar de defensa los mataban y robaban, dando à entender al pueblo rudo que esto hacian como zeladores de la libertad de la patria, siendo los destruidores della.

En esta sazón Anano, Pontífice venerable, y amador de sus ciudadanos, vistos los estragos y crueldades destes hombres perversos, ayuntó à sí el pueblo, y armandolo contra ellos, pusolos en grande aprieto. Aviase juntado secretamente con ellos un hombre llamado Juan, astutissimo y perversissimo: el qual persuadió à los Zelotas que llamasen para su socorro à los Iduméos sus vecinos, informandolos falsamente que el Pontífice Anano tenia tratos secretos con los Romanos, y que por esto los tenia puestos en aprieto, por ser ellos defensores de la libertad. Lo qual denunciado por dos astutissimos emba-

xa-

xadores que para esto escogieron, los Iduméos sin mas examen de la causa, creyendose de ligero, juntaron veinte mil hombres, y vinieron en socorro de su Metropoli, que era Hierusalem. Mas la divina justicia, que peleaba contra aquel pueblo, ordenó que la noche que los Iduméos llegaron à la ciudad, se levantasse una grande tempestad de vientos, y aguas, y frio: la qual redundó en mucho daño del triste pueblo. Porque el Pontífice Anano entendiendo la traicion de los Zelotas, mandó cerrar las puertas de la ciudad. Lo qual indignó tanto mas à los Iduméos, quanto mas trabajo passaron aquella noche con la tempestad levantada, y con ver que se les cerraban las puertas de la ciudad, que para ellos, como à hermanos, estaban siempre abiertas. A la media noche las guardas de las puertas se adormecieron: y entonces los Zelotas (que no dormían) acudieron à las puertas, y con las limas y sierras que sacaron del templo, limaron los cerrojos dellas sin ser sentidos; porque el ruido de la tempestad fue causa que nada se sintiesse. Y desta manera abiertas las puertas, entraron los Iduméos, y juntos con los Zelotas, à manera de perros rabiosos mataban à todos quantos encontraban. Los gritos, y los llantos, y los gemidos, y las voces desta noche, assi de las mugeres como de los hombres, quién los contará; pues el templo, que solia valer à los miserables que à él se acogían, nadaba todo en sangre? De modo que quando amaneció, se hallaron muertas ocho mil y quinientas personas por las calles, y tras desto se siguió el robar, y saquear todas las casas. Mas su principal furor era contra el Pontífice Anano, que les avia cerrado las puertas de la ciudad, y contra otros Sacerdotes, à los quales mataron, y mandaron que no se les diese sepultura, sino que quedassen sus cuerpos en las calles para ser comidos de perros: siendo costumbre entre los Judios no negar sepultura ni aun à los que mueren por justicia. La muerte

destos tan señalados varones, y particularmente la deste venerable Pontífice, dice Joseph que la misma virtud gemió y lloró, viendo quanto los vicios avian podido contra ella. Mas con toda esta carnicería no quedaron contentos aquellos corazones crueles; sino pareciendoles pequeño el estrago de la noche passada, acudieron otro dia à hacer otro mayor. Porque à toda la gente vulgar y plebeya mataban, y à los nobles encarcelaban, para ver si dilatandoles la muerte, vendrían à juntarse con ellos, y seguir su vando: y no lo queriendo hacer, los mataban, después de muy cruelmente azotados. Y era tan grande el pavor y miedo que el pueblo avia concebido dellos, que ni gemir ni llorar osaban por sus parientes muertos: porque sintiendo esto los enemigos, hacian de los vivos lo que avian hecho de los muertos. Algunos avia que de noche à escondidas cubrían los cuerpos de los suyos con un poco de tierra, y algunos mas atrevidos lo hacian de dia. Este castigo fue tan grande y tan sangriento, que dél remanecieron doce mil hombres muertos. Desta manera los Iduméos, hartos de matar y de robar, se bolvieron à su tierra.

*Prosigue la guerra civil de Hierusalem, y estrañas crueldades entre sus naturales.*

**M**AS este Juan (de que poco ha hemos mencionado) no se contentaba ya con ser uno de los Zelotas; porque aspiraba à cosas mayores, y queria hacer vando por sí. Para lo qual con artificio y maña juntó consigo quantos hombres perdidos y malvados halló; con cuyo favor esperaba tyrannizar la republica, que estaba sin Rey, y hacerse señor della. Y à veces peleaba con los Zelotas; y el premio de la guerra era el triste pueblo, y las casas de los nobles y ricos, que robaban los unos y los otros, alegando que todos los que no

eran

eran de su parte, tenían trato con los Romanos.

En este mismo tiempo se levantó fuera de la ciudad otro tyranno, por nombre Simon, juntando consigo todos los fugitivos y reboltosos que pudo hallar, y pregonando libertad à los esclavos. Y con esto juntó un exercito no pequeño, con el qual andaba fuera de la ciudad haciendo saltos, matando y robando quanto podia. Desta manera ni dentro ni fuera de la ciudad avia seguridad: porque fuera robaba y mataba Simon, y dentro los Zelotas, y este so bre dicho Juan.

Y porque no faltasse ningún linage de miseria à la triste ciudad, viendo los moradores della el estrago y robos que Juan hacia, y como no le podian resistir, acrescentaron un mal mayor para remediar otro menor: porque para prevalecer contra un tyranno, recogieron otro, abriendo las puertas de la ciudad à Simon, y levantandolo por su capitán para resistir à Juan. Desta manera estaba la ciudad dividida entre tyrannos: porque los Zelotas tomando por su capitán à Eleazaro, se apoderaron del templo, y de todas las vituallas y armas que en él hallaron: el qual les servia de un muy fuerte castillo. Simon ayudabase de los suyos y del pueblo que lo avia recogido y elegido por su capitán. Juan tambien tenia sus quadrillas, y con todas sus fuerzas combatia à los Zelotas, que tenian (como dixé) ocupado el templo, arrojando gran muchedumbre de saetas y lanzas contra ellos, con las quales herian à muchos de los Sacerdotes que allí estaban, y à los que venian à sacrificar. Y eran tantos los que desta manera morian, que el sacratissimo templo (venerado de todas las naciones del mundo) estaba violado, profanado, y hecho una laguna de sangre de sus mismos naturales. Quanto menos fuera, ò miserable ciudad (dice Josepho) lo que padecieras de los Romanos, que lo que padeciste de los tuyos? Los quales vendrán agora à purgar tus maldades con

llamas de fuego: porque ya no eras lugar de religion, sino sepultura de los tuyos, y castillo de ladrones.

Siguese tras desta otra guerra entre Simon y Juan: en la qual si Juan venia, entraba por todas las casas de la parte de Simon, destruyendo quanto hallaba (muchas de las quales estaban llenas de trigo y de otras provisiones que les dieran la vida para remedio de la grandissima hambre que padecieron en aquel cerco: que fue la principal causa de su ruina.) Y por el contrario, si venia Simon, hacia el mismo estrago en las casas de la parte de Juan, cortando con esto los nervios de la guerra, y haciendo todo aquello que el exercito Romano pudiera desear. Desta manera peleaban entre sí estos dos tyrannos, cada qual con la ambicion de reynar. Los quales siendo capitales enemigos en todas las cosas, en una sola eran concordados, que era en privar de la vida los que eran merecedores della. Y aviendo tantas causas en el pueblo para gemir y llorar, nadie lo osaba hacer en público por el gran temór que avian concebido de la crueldad destes tyrannos; mas entre sí callando reprimian sus lagrimas y gemidos. Porque el negocio avia llegado à terminos, que ni à los vivos tenian respecto, ni cuidado de dar sepultura à los muertos. Todos los que no se juntaban con las quadrillas destes, vivian desconfiados de la vida, entendiendo que luego avian de morir: mas los reboltosos, teniendo puestos los pies sobre los montones de los muertos, peleaban unos con otros: y cobrando nueva osadia de los que pisaban, siempre andaban urdiendo mayores males, sin dexar de exercitar todo genero de crueldades contra los miserables. Hasta aqui duró la guerra mas que civil entre los mismos ciudadanos.

*Buelve el Emperador Tito sobre la ciudad: y espantosa hambre que padecieron los cercados.*

**E**Stando la ciudad en este estado, llegó el Emperador Tito con su exercito à acabar lo que los ciudadanos avian comenzado. Porque ya pedia la divina justicia que en el mismo lugar donde se executó la muerte injustissima del Salvador, se executasse la principal venganza della: y que con el lugar concordasse tambien el tiempo, que era la Pascua del cordero. Porque para esta fiesta, que no se podia celebrar fuera de Hierusalem, concurrieron los moradores de todas las partes de Judéa, como traídos invisiblemente por la mano de la muerte, que los ayuntaba para que juntos recibiesen la sentencia de su castigo: cuyo numero dice Josepho que fue tres cientos de hombres. Y por justo juicio de Dios fue escogido este tiempo, para que pues en estos dias de Pascua con manos sangrientas, y voces blasphemias condenaron à su Salvador, en los mismos fuesse tanta muchedumbre dellos metida como en massa, para que allí recibiesen la pena merecida por tal peccado. Dexó de contar aqui los que fueron muertos à cuchillo, y con otros linages de tormentos (porque está sería cosa muy larga) solamente contará la terrible miseria que padecieron por hambre, con las palabras del mismo Coronista Josepho. Donde verán los que esto leyeren, quàn detestable cosa sea ensobervecerse el hombre contra la gloria de Christo: y con quan graves penas se castiga el crimen læsæ majestatis divinæ. La cruel hambre (dice Josepho) à los ricos era causa de gran tribulacion: los quales por igual mal tenian quedar en la ciudad, que morir. Porque los que quedaban por cobdicia de sus riquezas, eran acusados que concertaban salirse: y por esto eran condenados à muerte. Y la necesidad de la hambre encen-

dia la rabia de los malhechores, y juntamente les crecia la hambre y la crueldad. Nunca en las alhondigas ni otros lugares públicos parecia trigo: pero los robadores calaban las casas, y donde hallaban algun grano, muy caro costaba à su dueño, que porque lo avia escondido, era sentenciado. Y si no lo hallaban, todavia los atormentaban, diciendo que lo tenían cautelosamente escondido. Porque para creer que tenían provision encerrada, no querian otra prueba sino ver que aun vivian; porque si no la tuvieran, ya uvieran espirado. A los que encontraban por las calles marchitos de hambre, dexaban; teniendo por demasiado emplear su espada en los que poco despues avian de caer muertos de hambre. Muchos uvo que escondidamente toda su hacienda dieron por una medida de trigo, si era gruesa la hacienda, ò de cebada, si era pobre; y encerrandose en lo mas secreto de su casa, la comian. Algunos avia que comian los granos sin esperar à hacer pan dellos: otros (quanto les permitia la necesidad y el miedo) esperaban à cocerlo. Pero ninguno esperaba à poner mesa; mas del fuego lo sacaban hirviendo, y su proprio pan arrebataban como si fuera hurtado. Y era cosa miserable de ver que los que mas podian comian lo que hallaban: y à los pobres y miserables no quedaba sino gemir y derramar lagrimas. Y dado que la hambre por sí sola sobrepusé todas las angustias, pero el mayor mal que causa es, que del todo hace perder la verguenza. Porque quanto en el tiempo de abundancia se tiene por deshonesto, en tiempo de hambre no se tiene por vergonzoso. De aqui acaescia que las mugeres no se empachaban de arrebatar el manjar de las manos de sus maridos, ni los hijos de la mano de sus padres: y (lo que mas era miserable) las madres lo sacaban de las bocas de sus hijos. Y viendo à sus amados hijos en sus brazos morir de hambre, no por esso dexaban de quitarles de los dientes un poquito que les

quedaba de mantenimiento. Pero aun desso poco, que con miserables maneras alcanzaban, no podian gozar seguros; porque subitamente entraba alguno de los robadores, que en viendo alguna puerta cerrada, barruntaba que avia dentro algo de comer; y desquiciadas las puertas entraba furiosamente y sacaba el manjar que avian comido (à manera de decir) exprimiendolo de las gargantas. Azotaban à los viejos, si sabian que avian escondido algun mantenimiento: arrastraban las mugeres por los cabellos, si algo les hallaban en el regazo que quisiesen encubrir. Ningun respecto se tenia à los ancianos, ni compassion à los niños. Antes à los chiquitos que por ventura tiraban de su pan, y assidos se colgaban dél, abarraban à las paredes. Y si alguno se daba mas priessa à comer que los robadores à quitárselo, mas agramente era atormentado. Porque contra estos inventaban crueles penas: ca les cerraban las salidas naturales de la digestion: à otros metian palos agudos por las mismas partes (tiemblo en contar tal tormento) para sacar un pan ò un celemin de harina. Y fuera cosa mas suffridera, si esto hicieran los malvados constreñidos por hambre: mas ellos estaban hartos, y no querian sino ò tener para despues mantenimiento guardado; ò para que con el exercicio de su crueldad creciesse su fiereza. E si alguno à hurto passaba entre las estancias de los perseguidores à coger por ventura algunas yervas para comer, sáñale al encuentro, y quitabale lo que traía. Y dado que les suplicaba y ponía delante el nombre terrible de Dios, para que siquiera de lo que avia buscado con peligro de su vida, le dexassen un poquito, no era oído; mas tenia por gran beneficio dexarle con la vida. Y como quier que les era imposible dexar la ciudad, no les quedaba esperanza de remedio; porque la hambre crecia tanto, que assolaba las casas enteras, y barrios, y finalmente toda la ciudad. Tanto que vicras den-

tro de las casas y por las calles montones de hombres muertos, de mugeres, y de niños, y desventurados viejos consumidos de hambre mas que de vejez. Los mozos de edad mas fuerte andaban vagabundos por las calles y puertas de la ciudad, como almas en pena, en sola la armadura, que parecían mas estatuas que hombres. Y à cada paso los vierades caer en qualquier lugar que les apretasse el hambre. La muchedumbre de los muertos, y la flaqueza de los que quedaban, no daba lugar à enterrar los cuerpos de los muy amigos y deudos: mayormente teniendo cada uno hartos que llorar en sus propios duelos: y algunos uvo que enterrando algun defunto, cayeron juntamente con él: y muchos llevando à otros à enterrar, antes que à la sepultura llegassen, espiraban. Ningun defunto lloraban, ni por alguno se hacian las endechas acostumbradas: porque todo el tiempo y cuidados ocupaba la hambre, ni aun les quedaba substancia para llorar: porque la sequedad causada por la hambre les avia enjugado el humor de los ojos. En toda la ciudad avia continuo silencio, y toda estaba cubierta de sombra de muerte. Y sobre todos los males era la fiereza de los robadores, que no tenian por ilícito abrir los sepulchros, y despojar las cadaveras, no tanto por cobdicia de robar lo que hallassen, como por su passatiempo, y por escarnio de los defuntos, y para probar los filos de su espada en las carnes sin anima. Algunas veces probaban las espadas en los que ya estaban espirando: lo qual otros que en semejante passo estaban, tenían por gran beneficio, y lo pedian juntas las manos, para librarse de la rabia de la hambre: però ellos con estraña crueldad, à unos por su placer daban la muerte, à otros que la pedian la negaban. Muchos con angustiosos sospiros, al tiempo de la muerte bolvian los ojos al templo, no tanto por el dolor proprio, quanto por ver que sus perseguidores quedaban sin castigo. Al principio avian or-

## §. III.

*De una espantable hazaña de una muger que comió su proprio hijo: y del remate de los trabajos de los Judios: y como Christo lo avia propbetizado.*

**U**NA muger de las que moraban allende el rio Jordán, llamada Maria, hija de Eleazaro, de la aldea de Beuzob, noble de linage y riquezas, con otra mucha gente avia venido à Hierusalem, y se halló presente à padecer con los muchos la comun desventura. Ya le avian tomado todas sus joyas y possessions los tyrannos: y si algunas pobres alhajas ò provision le avia quedado para passar su vida, cada hora y cada momento entraban los robadores, y poco à poco la despojaban. Por lo qual la muger con sobrada tristeza, con ruegos, y con injurias provocaba à los malvados que la matassen. Pero como nadie cumpliesse su deseo, ni por ira, ni por compassion, y ya no le quedasse ni pudiesse hallar cosa para sustentarse, y la hambre la escarvasse las entrañas, y la sacasse fuera de sí, tomó el remedio que la rabia y la angustia le mostraron contra todo derecho de naturaleza. Tenia un hijo que mamaba à sus pechos, al qual puesto ante sus ojos dixo: O mas desdichado hijo de la desdichada madre! Muerta yo, à quién te dexaré, quando la ciudad es cercada y robada, y todos sus moradores consumidos de hambre, à que mueras peleando, ò à que seas despojo de los enemigos? Cá cierto es que aunque nos quedasse alguna esperanza de vida, nos queda de padecer el yugo de servidumbre de los Romanos: quanto mas que ni aun para ser captivados nos consiente la hambre vivir, y los robadores mas pestilenciales que todos los infortunios nos assuelan. Pues ven hijo mio, y serás manjar de tu madre, (materia de crueldad à los malos hombres, y historia que se cuenta por todo el mundo) que solo

ordenado que à costa de la ciudad se enterrassen los muertos por el hedor ponzoñoso: pero despues que la muchedumbre de los cuerpos sobrepujaba los propios de la ciudad, despeñabanlos por el muro en la cava. Y como el Emperador Tito paseandose un dia al derredor de la ciudad, viesse las cavas llenas de cadaveras, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con gran voz, y puso à Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciesse. Por lo qual tengo por averiguado que aunque las armas de los Romanos cessáran contra los malos ciudadanos, no por esso dexára la ciudad de perecer: ò se abriera la tierra y se hundiera, ò otro diluvio la anegára, ò rayos de fuego decendieran del cielo, y la abrasáran como à Sodoma. Todo esto dice Josepho en el quinto libro de su historia: y en el sexto repite quasi lo mismo, y añade lo que se sigue.

La necesidad de la hambre todas las cosas hazia comederas, aun aquellas que los brutos animales desechan. Tanto que tenían por conveniente manjar las riendas de los cavallos, y sus cintas, y sus zapatos, y los cueros en que estaban afforradas las puertas quitaban, y los comian, y tales avia que comian las pajas secas, y bofigas de bueyes: y de qualquier estiercol que hallassen se vendia un pequeño peso por quatro monedas. Mas para qué me detengo en declarar tan por menudo la gravedad de aquella angustia, pues una sola cosa basta para hazerla estimar? Porque en aquella sazón acaesció una hazaña qual nunca entre las gentes barbaras se vió, espantosa de decir, y increíble de oír. Y por cierto de buena gana callára historia tan estraña, por no ser tenido por relator de monstruosas novedades, si no permanecieran aun hasta nuestra edad muchos testigos de vista, varones dignos de fé. Ni pienso que serviria à mi patria en callar los infortunios que de hecho padeció.

este desastre faltaba à la desventura de los Judios. Y diciendo esto degolló à su hijo, y sin tardanza le puso sobre el fuego, y le asó: y la mitad comió luego, y la otra mitad guardó escondida. En esto subitamente entraron los robadores, que sintieron el olor de la carne quemada, y amenazaron à la muger con la muerte si luego no les descubría el manjar que avian sentido. Ella dixo: Sí haré por cierto, que para vosotros guardé la mejor parte: y diciendo esto descubrió los miembros del niño que avian quedado. De lo qual subitamente se espantaron los robadores, y sus corazones se enflaquecieron, aunque feroces: y enmudecieron, que palabra no pudieron hablar. Pero ella con sereno semblante, y mas cruel que los mismos homicidas, les dixo: Mi hijo es este que veis: yo le parí, y yo le maté: comed dél, que yo he comido ya mi parte: no queráis ser mas piadosos que su madre, ni mas tiernos de corazon que una muger. Y si à vosotros vence la humanidad, y aborreceis tal comida, yo que ya he perdido el miedo, acabaré lo comenzado. Oído esto, attonitos y espantados, la dexaron, buscando y no hallando otra vianda en su casa. Luego por toda la ciudad se divulgó tan estraña hazaña, y cada uno representaba delante de sus ojos hecho tan abominable: y como si él mismo uviera sido su autor se estremecia, y se le espeluzaban los cabellos: y todos los que lo oían, tenían por bienaventurados los muertos que no oyeron tal desventura: y ellos deseaban antes la sepultura que esperar à oír otra semejante. Hasta aqui dice Josepho.

Sobre este hecho arriba relatado viene bien à proposito el dicho del Salvador, que amenazando à los Judios los males que les estaban aparejados, les dixo (a): Ay de las mugeres preñadas, y de las que traxeren hijos à los pechos en aquellos dias. Rogad à Dios que no

os venga la persecucion en dia de fiesta: porque será aquella tribulacion mayor que alguna ha sido dende el principio del mundo. Recogiendo pues el sobredicho historiador la summa de los que comprehendió la desventura, dice que de hambre y à cuchillo murieron un cuento y cien mil hombres: y los robadores y homicidas que por la ciudad andaban robando y matando, despues se mataron unos à otros. Algunos mancebos hermosos y bien dispuestos se guardaron para llevar aherrojados à Roma, para gloria y pompa del triumpho: y todos los demás que se hallaron de diez y siete años arriba, fueron llevados atrayllados à las minas de metal por Egypto. Otros fueron derramados por diversas provincias, unos para ser muertos à cuchillo, otros para ser echados à las fieras en las cruces fiestas y juegos que acostumbaban à hacer à sus dioses: y los menores de diez y siete años fueron vendidos para ser perpetuamente captivos por diversas partes del mundo: cuyo numero llegó hasta noventa mil. Verdaderamente sola esta calamidad (aunque ningun otro argumento uviera) bastaba para ablandar y convencer corazones mas duros que peñas. Porque diganme si alguno de los nacidos dende que Dios crió el mundo hasta el dia presente, oyó ò leyó que en solo el cerco de una ciudad, ò de una sola batalla, uviesse tan gran numero de muertos como en esta? Y no digo tanto, sino si alguna de todas las batallas que ha avido en el mundo llegó à la mitad de los muertos desta? Buelvan y rebuelvan y trastornen todas quantas historias están escritas de fieles ò de infieles, de latinos ò de barbaros, y diganme si uvo en el mundo batalla que llegasse (como digo) à la mitad de los muertos que uvo en solo este cerco de Hierusalem. Y no cuento aqui el numero de los captivos, ni cuento los muertos y captivos que uvo en todas las

otras

(a) Marc. 13.

otras ciudades del reyno, ni alego el fin desastrado de aquella tan antigua y tan noble republica, que nunca mas ha sido restituida. Pues si está claro para quien tiene lumbré de fé, que esta tan espantosa calamidad vino por especial dispensacion de aquel Juez soberano, qué otra cosa se puede creer sino que la mayor de todas las calamidades del mundo vino por el mayor de los peccados dél? Y qual otro podia ser este sino la muerte indignissima del hijo de Dios y Señor de todo el mundo? Pues qué corazon avrá tan incredulo que no se rinda à esta razon? Todo esto acaesció en el segundo año del imperio de Vespasiano, conforme à lo que el Señor y Salvador nuestro avia prophetizado. (como quien tenia todas las cosas presentes) quando (segun el Evangelista refiere) (a) viendo la ciudad de Hierusalem, lloró sobre ella prophetizando su perdicion.

Sobre todas estas calamidades refiere otra el mismo historiador, que le parece (y con mucha razon) ser la mayor de quantas en aquel cerco interviniéron. Porque algunos de los cercados determinando passarse à los Romanos por la gran hambre de la ciudad, traían el oro que tenían, para que despues descargando el vientre, lo cobrasen y se ayudassen à vivir con él. Vinieron pues à entender esto los soldados de Arabia y de Siria, y algunos de los Romanos: y en una noche abrieron los vientres de dos mil destes miserables, para buscar dentro de las tripas el oro que traían escondido. Y con estrañar esto el Emperador grandemente, y poner graves penas à quien tal hiciesse, ni por esso se dexaba de hacer secretamente, y muchas veces sin hallar nada en los vientres de los tristes: tanto puede la malicia humana, y la cobdicia del dinero. Vease pues con quánta verdad dixo el Salvador. (b) que la tribulacion destes dias sobrepujaria à todas las tribulaciones passadas y venideras. Por-

Tom. V.

que cuándo se vieron jamás tales crueldades junto con las ya referidas?

§. IV. *De las muestras y visiones espantables que anunciaron la destruición de Hierusalem antes que viniesse.*

Pero no será fuera de proposito añadir à lo dicho las cosas en que se mostró la piedad y clemencia divina aun con los desagradecidos. Lo primero, quarenta años continuos los esperó despues del peccado cometido. En los quales todos los Apostoles especialmente Sanctiago pariente del Señor (que fue constituido Obispo de Hierusalem) los amonestaban cada dia para traerlos à penitencia, si por ventura pudieran derramar tantas lagrimas que apagarán la llama de la saña del juez poderoso. El qual con tan larga espera les mostraba claramente que deseaba su remedio (c): porque no ama Dios tanto la muerte del peccador, quanto que se convierta y viva. Allende desto procuró la divina clemencia ablandar la dureza de sus corazones, mostrandoles señales y apariciones en el cielo: esgrimiendo la espada en su mano derecha, amenazandolos y perdonandolos. De lo qual tenemos relacion del mismo historiador en el sexto libro, donde escribe assi: Al desdichado pueblo engañaban hombres perversissimos y mentirosos prophetas, haciendo que no creyessen las señales de la indignacion de Dios, por las quales à menudo les mostraba el perdimiento venidero, assi de su ciudad, como de su generacion. Y por sus lisonjas como attonitos y locos, sin ojos y sin entendimiento, menospreciaban las celestiales revelaciones. Porque todos sabemos que en todo un año fue vista una estrella resplandesciente à manera de espada estar amenazando sobre la ciudad: donde assimismo fue vista una cometa,

12

que

(a) Luc. 19. (b) Matth. 24. (c) Ezech. 18. 33. Matth. 9.

que echaba de sí llamas significadoras del encendimiento venidero.

Demás desto à veinte y uno del mes Artemisio (que llamamos Mayo) apareció una vision espantable que apenas puede ser creída: y pudieramos pensar que avia sido phantasma, si despues no vieramos cumplida la destruicion que significaba. Cerca de la puesta del sol parecieron en toda la comarca corriendo por los ayres carros de batallas y gente armada, y exercitos que venian de las nubes, y subitamente cercaban las ciudades. Allende desto en la fiesta siguiente de Pentecostés, entrando de noche los Sacerdotes en el Templo à hacer sus officios, primero sintieron estruendo como de movimiento de hombres, y luego oyeron voces que apresuradamente decian: Partamos de aqui. Primero que esto avia acaescido otra cosa mas terrible, quatro años antes de la guerra, quando seguramente gozaba el pueblo de su reposo. Un manebro hijo de Ananias, llamado Jesus, hombre rustico, y de los comunes del pueblo, en el día de la fiesta de las cabañuelas dió grandes voces subitamente diciendo: Voz de Oriente: Voz de Occidente: Voz de todos quatro vientos: Voz sobre Hierusalem y sobre el templo: Voz sobre los casados y sobre las casadas: Voz sobre el pueblo. Y diciendo esto sin cessar, rondaba la ciudad por todas las calles y plazas, hasta que algunos principales del pueblo enojados por tan crueles amenazas, asieron al hombre, y le azotaron terriblemente. Pero él sin alegar cosa por sí, ni siquiera rogar à lo circunstantes le valiesse, perseveraba en la misma porfia y palabras.

Entonces los principales entendiendo lo que era verdad, que forzado por Dios hablaba, llevaronle al Presidente Romano: delante del qual fue azotado hasta que le descubrieron los huesos sin echar una lagrima.

Pues tornando al proposito princi-

pal, despues de rotos los tres muros que diximos, y entrada y saqueada la ciudad, y muertos y captivos todos los que hallaron en ella, mandó el Emperador arrasar todos los muros y edificios della, que eran en gran maneta hermosos: de modo que (como el Salvador avia prophetizado) (a) no quedó en ella piedra sobre piedra. Este fue el desastrado fin de aquella tan antigua y famosa ciudad, conocida y celebrada por todo el mundo: el qual le vino dos mil y ciento y setenta años despues de su primera fundacion, que fue por el Rey Melchisedech: y mil y ciento y setenta y nueve años despues que la reedificó y ennobleció el Rey David. Mas ni la antigüedad della, ni la grandeza, ni la fortaleza, ni las grandes riquezas, ni la gloria de la religion fueron parte para dexar de ser assolada en la forma que está dicho.

Este fue el pago que recibieron los que desechando el benignissimo Reyno de Christo, dixerón (b): No tenemos otro Rey sino à Cesar. Pues este Cesar que ellos eligieron, les dió este galardón: **CAPITULO XVII**  
*De otras calamidades que padesció y padesce hasta oy la parte de los Judios que permanece en su incredulidad.*

**D**eclaradas ya las calamidades que se padecieron en el cerco y conquista de Hierusalem, y siguese que tratemos de las que despues desto ha padecido, y padece hasta oy aquella parte del pueblo que todavía permanece en las tinieblas de su incredulidad: que es la tercera parte de la division que arriba pusimos: para que, pues el Señor dice por Esaiás (c) que la vexacion de las tribulaciones abre los ojos del entendimiento, podrá ser que por esta via los que los tienen cerrados, los abran, viendo un tan gran diluvio de calamidades unas sobre otras, nunca vistas en el mundo, cargar sobre ellos. Y demás

desto conviene que sepamos que nuestro Señor Dios en todas las cosas es Dios: quiero decir, en todas grande, en todas admirable: grande en galardonar, y grande en castigar: grande en galardonar los servicios (pues por un hijo que le quiso ofrecer el Patriarcha Abraham, le prometió tantos hijos como estrellas ay en el cielo) (a) y grande en castigar los peccados; pues un peccado mortal castiga con pena perdurable: como parece en el castigo de los Angeles que peccaron. Con lo uno declara la grandeza de su bondad, y con lo otro la severidad de su justicia: con lo uno nos mueve à su amor, y con lo otro à su temor, que son las dos joyas mas ricas que ay en el mundo. Y à quien quiera que desean encender en su anima estos dos tan nobles affectos, ruego yo aqui que lea el capit. 26. del Levitico, y el 28. del Deuteronomio: y así verá quan largo y magnifico es Dios en el galardonar, y quan terrible y espantoso en el castigar: con lo qual podrá (\*) atear mas y mas estos dos affectos sobredichos. Así tambien conocerá el estilo que Dios tiene con los que no se emiendan con los azotes de su justicia: que es, con acréscentar otros nuevos azotes, para que siquiera con los postreros abrahan los ojos los que no quisieron abrirlos con los primeros. Y si todavía porfiaren en su dureza, ha de porfiar tambien él en su castigo: Y porque nadie piense que esta es invencion mia, pondré aqui las palabras del mismo Dios en el sobre dicho capitulo del Levitico: donde despues de las primeras amenazas contra los desobedientes, que son de enfermedades, y hambre, y persecuciones de enemigos, dice así (b): Y si azotados con todas estas plagas no os convirtierdes à mí, acréscentaré otras siete veces mayores que las pasadas, y con ellas quebrantaré la dureza de vuestra cerviz. Y amenazando otras nuevas plagas sobre las ya dichas, buelve luego à de-

cir: Y si con todo esto no os emendaredes, y porfiaredes à serme contrarios y desobedientes, yo tambien os seré contrario, y castigaros he siete veces por vuestros peccados, y embiaré contra vosotros la espada vengadora del quebrantamiento de la paz y amistad que assentastes conmigo. Y amenazando tras destas palabras otras nuevas calamidades, torna à repetir la misma sentencia, diciendo: Y si aun con todo esto no diereis oídos à mis palabras, sino todavia me fuerdes contrarios, yo tambien os seré contrario, usando con vosotros de mi furor, y castigandoos con siete plagas por vuestros peccados, y esto en tanto grado, que vengais à comer las carnes de vuestros hijos, y de vuestras hijas: y abominaros ha mi anima de tal manera, que assolaré y pondré por tierra vuestras ciudades, y haré que vuestros sanctuarios queden desamparados, y no recebiré el olor de vuestros enciensos. Y à vosotros derramaré por todas las gentes, y desembaynaré mi espada contra vosotros, y vuestra tierra quedará desierta, y destruidas vuestras ciudades. Todas estas son palabras de Dios en el sobredicho capitulo: las quales aviendo sido dichas mas de tres mil años ha por aquel Señor à quien todas las cosas venideras están presentes, vemos agora punto por punto cumplidas. Lo qual debía bastar para abrir los ojos de aquella parte del pueblo que con todo esto aun persevera en su ceguedad: de lo qual tratarémos adelante mas por extenso.

Mas he traído este lugar para que por él se entienda esta porfia que Dios tiene en castigar à los que con este linaje de medicina pretende curar: como él mismo lo significó hablando con su pueblo por estas palabras (c): Vivo yo, dice el Señor, que con mano fuerte, y brazo estendido, y con furor derramado, reynaré sobre vosotros. Pues conforme al estilo de Dios declarado en es-

(a) Gen. 22. (b) Joany. 19. (c) Esai. 28. (d)

(a) Gen. 22. (\*) Esto es, excitar, avivar. (b) Levit. 26. (c) Ezech. 20.

te capítulo, assi como usó de grande misericordia con los que deste pueblo se convirtieron, dandoles tanta abundancia de gracia, que (como dice Sozomeno en la Tripartita) fueron los primeros autores y inventores de la vida de aquellos clarissimos Padres de Egipto: assi con los que no quisieron reconocer su Salvador, ni con los testimonios de los Prophetas, ni con aquella tan espantosa ruina de Hierusalem, exercita su justicia, añadiendo plagas sobre plagas, y calamidades sobre calamidades. Lo qual declararé agora summariamente, por no gastar mucho tiempo en tan tristes tragedias.

Pues conforme à lo dicho, queriendo nuestro Señor visitar con otro azote à los que todavía perseveraban en su incredulidad, permitió que los Judios que moraban en Egipto, Cirene, y Alexandria, rebelassen contra el Imperio Romano en tiempo del Emperador Trajano: por el qual fueron otra vez destruidos, y muerta infinita gente dellos. Y porque ni aun con este azote se volvieron à Dios, embióles otro mucho mayor. Porqué rebelando ellos otra vez contra los mismos Romanos en tiempo del Emperador Adriano (inducidos por un grande engañador que decia ser una gran lumbrera del mundo) fueron otra vez destruidos por este Emperador, y toda su nacion desterrada de Hierusalem, y de toda su comarca. Y de adelante la ciudad se pobló de nuevos moradores, y tambien perdió el nombre antiguo de Hierusalem, y fue llamada *Ælia Adria*, por respeto del Emperador *Ælio Adriano*: para que mudando el apellido, mudasse juntamente con él las costumbres antiguas. En esta guerra dice Dion Coceyo que fueron muertos cinquenta mil hombres de guerra, sin la otra muchedumbre de gente desarmada, y fueron allanados por tierra cinquenta castillos muy fuertes, y novecientos y ochenta y cinco lugares y aldeas que

estaban pobladas. De modo que despues de la vendimia que hizo Vespasiano, bolvió el azote de Dios por la rebuca que avia quedado, en tiempo de Trajano y Adriano. Y perseverando ellos todavía en su ceguedad, sin embargo destas calamidades, perseveró tambien el azote de Dios contra ellos, segun él lo avia amenazado. Porqué en tiempo del Emperador Valente, herege Arriano, saliendo ellos de la ciudad de Diocesarrea, juntaron un exercito, y con él andaban haciendo guerra y daño por toda la comarca. Contra los quales vino Galo Cesar (que à la sazón estaba en Antiochia) y los venció, y desvarató, y destruyó aquella ciudad. Despues uvo un alboroto tramado por ellos en Alexandria, donde habitaba gran numero dellos. En el qual tiempo fueron echados de la ciudad, y derribadas sus Sinagogas, y robadas sus casas: y assi quedó aquella gran ciudad por esta causa muy despoblada. En lo qual se vee que en todos estos tiempos ninguna cosa tentaron que les succediesse bien, aviendoles Dios prometido (a) que guardando su ley, todas las cosas en que pusiessen las manos les succederian prosperamente. A estas calamidades se añadió otra desta manera. Un Judio engañador de la isla de Creta fingió que era Moysen, y que era embiado del cielo para llevar por el mar à los Judios moradores de aquella isla, assi como en otro tiempo avia llevado à los que salieron de Egipto por el mar Bermejo sin mojar se los pies. Y dando ellos credito à sus palabras, y cevados con sus promessas, menospreciaban sus exercicios y desamparaban sus haciendas por seguirle. Finalmente llegado el dia aplazado, el engañador caminaba delante, y todos le seguian con sus mugeres y hijos. A los quales llevó à un risco que cae sobre el mar, y mandóles que como pescado se zabullesen en el agua; que sin dubda passarian sin lesion: y assi lo cumplie-

ron

ron los que primero llegaron, y todos se despeñaron y ahogaron. Mas en la cabeza destes escarmentaron los otros, y escaparon del peligro. Y todos reprehendian su necedad, porque tan de ligero avian creído. Y queriendo matar à su engañador, no le pudieron asir; porque subitamente desapareció. De donde sospecharon muchos que era algun falso demonio en figura humana. Esté fue justo juicio de Dios: como el Salvador lo avia prophetizado quando dixo (a): Yo vine en nombre de mi Padre, y no me quisieron creer: otro vendrá en su proprio nombre, y creerle han.

Ni piense nadie que en solos los tiempos passados visitó nuestro Señor à los que todavía estaban incredulos, para que la vexacion (como diximos) les abriese el entendimiento. Porque tambien en nuestros tiempos avemos visto otras calamidades que les han sobrevenido. Porqué no fue pequeño azote el que padecieron los que no quisieron recibir nuestra sancta fé en tiempo de los Reyes Catholicos Don Fernando, y Doña Isabel, quando por ellos fueron destruidos de España. En el qual destierro passaron grandes trabajos, assi en la navegacion para otras nuevas tierras, como en los malos tratamientos que padecieron entre las naciones barbaras y cruces donde moran: llegando este destierro hasta las partes de Oriente.

Mas en este lugar la charidad christiana, y el zelo de la salvacion de las animas me obliga à avisar à muchos falsamente zelosos de la fé, los quales tienen creído que no peccan haciendo mal y daño à los que están fuera della, ora sean Moros, ò Judios, ò Hereges, ò Gentiles. Engañanse estos grandemente: porque tambien estos son proximos como los fieles: segun se colige de aquella parabola del Salvador, que trata de la piedad y socorro del Samaritano con el herido (b). Y dado caso que nuestro Señor quiera castigar al infiel por sus pec-

cados, y dipute ministros por quien execute su ira; pero no menos peccan estos executores de la justicia divina, que si no lo fuessen: porque instrumento fue de Dios el Rey de Babylonia para castigar su pueblo, y destruir su templo por los peccados de la gente (y assi lo llama Dios por Esaías (c) vara de su furor, y baculo de su indignacion) mas porque él no hacia esto por castigar las offensas de Dios, sino por tyrannizar la tierra, fue castigado con estrañas calamidades y azotes, y con perdimiento de la vida, y de aquel grande reyno. Lo qual prosigue muy à la larga Hieremias en los capitulos 50. y 51. que son los mayores capitulos de su propheta, declarando que toda aquella tan grande tempestad le venia en venganza de aver destruido la heredad de Dios, y su sancto templo. Assimismo el Propheta Esaías (d) prophetizó este grande azote de Babylonia por estas palabras: *todos quantos se ballaren (en Babylonia) morirán à bierro: los niños barrarán los soldados por las paredes en presencia de sus padres: sus casas serán robadas, y sus mugeres violadas. Yo (dice Dios) levantaré contra ellos à los Medos: los quales ni querrán oro ni plata; sino tirar saetas à los niños, sin tener compassion de los que estuvieren mamando à los pechos de sus madres. Y será aquella gloriosa Babylonia assolada, assi como lo fue Sodoma, y Gomorra.* Finalmente tales fueron las plagas de Babylonia por este peccado, que quando el Propheta Esaías las vió en espiritu, dice (e) que padeció tan grandes angustias como la muger quando pare: y que cayó en tierra quando las oyó, y que se le secó el corazon, y se le cubrió de tinieblas, y quedó pasmado. Tal pues es el castigo de los que agravian à sus proximos, aunque la divina justicia se sirva dellos para castigo de los peccados: como à veces tambien se sirve para esto de los

mis-

(a) Levit. 26. Deuter. 28. (b) Luc. 10. (c) Esaí. 10. (d) Esaí. 13. (e) Esaí. 21.

(a) Joan. 5. (b) Luc. 10. (c) Esaí. 10. (d) Esaí. 13. (e) Esaí. 21.